

a la misma política. El sistema económico adoptado por los estadistas del siglo XVIII fué el mercantilismo, y en nuestros días muchos autores definen nuestra política como neomercantilista.

Quizá debido a estas tendencias tan semejantes entre sí, estemos dispuestos a reconsiderar el juicio que la revolución francesa nos trasmitió acerca del absolutismo del período barroco. En todo caso podemos afirmar que hemos leído el libro de Agramonte con profundo agrado y verdadera simpatía.

Agramonte logró descubrir en los archivos de las embajadas francesa y española de Berlín, un riquísimo material de documentos desconocidos sobre los últimos años de Federico el Grande. Al ordenarlo y exponerlo trató de pintar a grandes pinceladas los hechos políticos, económicos y sociales necesarios para poder interpretar debidamente los documentos que copia. Pero se ha esmerado en exponer detalles, tal vez insignificantes desde el punto de vista de la historia mundial, pero necesarios para conocer la intimidad de la vida del gran monarca.—*Carlos Keller R.*

CRITICA LITERARIA

LITERATURA CHILENA CON UNA ANTOLOGÍA CONTEMPORÁNEA, por *Samuel A. Lillo.*

Hace tiempo que el mundo escolar y algunos profesores ansiaban la apa-

rición de una antología que reflejara una imagen fiel de nuestro mundo literario. Faltaba la historia ceñida y sintética de la evolución artística chilena. Carecíamos también de los modelos que indicaran el afinamiento indudable de la producción intelectual en prosa y verso. Los casos precedentes ya no servían. Revelaban atraso, faltaban nombres, existían exclusiones incomprensibles.

Por desgracia, nuestros artistas no han tenido la suerte de ver publicados sus trabajos de recopilación literaria. Se ha preferido ostensiblemente—entre nosotros—a los recolectores de espíritu comercial, a los cartagineses de la cultura patria y a profesores ineptos, que obran movidos por un concepto primario de la vida intelectual.

En estas circunstancias y cuando la atmósfera se presenta propicia a un libro que oriente a los profesores y alumnos necesitados de un buen manual indicador de los rumbos literarios de Chile, surge a la vida un volumen de Don Samuel A. Lillo.

En anterior ocasión (véase nuestro libro de ensayos *Escalpeló*, 1926), tuvimos que hacer serios reparos al señor Lillo. Desde entonces hubo tiempo suficiente para corregir muchos juicios, para recoger datos más seguros, para depurar el criterio personal. Bastante se ha hecho en el terreno bibliográfico, y la crítica (pese al señor Lillo) va perdiendo el carácter propicio a las expansiones ateneístas.

No es lo importante acumular nombres al estilo de un guía social o de un índice telefónico. Tampoco es fundamental amontonar acotaciones

bibliográficas. Hoy se prefiere sobre estos inventarios de papel impreso, las síntesis hábiles, los juicios livianos y certeros, las indicaciones precisas y escogidas, en suma, aquello que grabe un hecho o acontecimiento con relieve en la mente del alumno. El señor Lillo es el último sobreviviente de esa escuela, tan desacreditada hoy, de los mediados del siglo XIX, que apuntaba escrupulosamente todos los ornamentos burocráticos, cargos honoríficos y sinecuras académicas de los aficionados a las letras.

La literatura (gracias a Dios) ha cambiado mucho y hoy lo importante es más de carácter expresivo que espectacular. Expliquémonos. Puede un hombre de letras ser secretario de mil academias y ateneos, pero no expresar nada que lo diferencie en una literatura. Puede un escritor constituir una antología de condecoraciones, un agente viajero de juegos florales y un mausoleo de flores naturales y sobrenaturales; pero no ser más que letra muerta dentro de la zona espiritual de su país.

El señor Lillo en el volumen reciente no sólo hace juicios y señala rumbos sino que entra libre y osadamente en el campo de los consejos. Para él la crítica chilena, que a veces ha puesto coto a sus desmanes poéticos, es un cúmulo de abominaciones. Oigamos sus palabras:

Se puede tener un alma sensible y delicada para sentir la belleza y emocionarse con ella, pero eso no le basta al crítico, quien debe aprender a expresar sus sentimientos en una forma adecuada. Esto no se consigue sino después de largos años, esfuerzo inteligente y constante a que

son ajenos los jóvenes críticos actuales, que no sólo suelen expresarse en estilo áspero e inarmónico y con desconocimiento de la gramática, sino que, en la apreciación de las bellezas ajenas, alaban imágenes y figuras que van en contra del buen gusto y, muchas veces en contra de la decencia. (Págs. 572-73.)

Se necesitaría otro volumen, de la extensión del que ha perpetrado el señor Lillo, para corregir todos los errores, omisiones, inclusiones absurdas y juicios huecos, ramplones y cómicos que consigna allí. Respecto a la crítica juvenil sería necesario recordar al señor Lillo que tiene valores muy lúcidos, concretos y ponderados para que merezca ese juicio tan despectivo. En otras ocasiones ha sido más amable con ella y tenemos un antecedente personal que nos autoriza a pensar que no siempre fué mirada así por el valiente autor de *Cantos filiales*.

En cuanto a la gramática, en el libro del señor Lillo, profesor de castellano, hay construcciones deliciosas como la que copiamos:

Junto con René Brickles, Federico Gana y Emilio Rodríguez, *formaron* en los últimos años del siglo pasado un grupo selecto en torno del cual se juntaban los jóvenes de la última bohemia literaria, cuya actuación todavía se recuerda como uno de los períodos más interesantes de nuestra literatura. (P. 316.)

Cuando se habla tan desenfadamente de arte y de gusto literario, preciso sería cuidarse un poco más de la siembra propia, donde es fácil cosechar gazapos de la variedad más sublime.

El manual del señor Lillo no expli

ca ningún hecho histórico, no presenta ninguna evolución intelectual ni da la razón de ciertos sucesos fundamentales en la cultura patria. No sabemos por qué tal o cual poeta es triste, ni por qué el romanticismo chileno fué político, ni por qué la actual literatura se diferencia tanto de los vates ateneístas que tanta miel hacen derramar a Lillo.

Mientras Latorre, Pedro Prado, Carlos Mondaca, Pablo Neruda, Rafael Maluenda, Joaquín Edwards Bello y Manuel Rojas son definidos malamente en líneas anémicas y descoloridas, el señor Lillo se entretiene en recopilar títulos, puestos, cargos académicos y flores de trapo que ha recogido en torneos de dudosa eficiencia y moralidad intelectual, una serie de señores que quizá no se recordarían si no fuese por estas líneas. También faltan ahí nombres como los de Alfonso Bulnes, Rosamel del Valle, Jacobo Nazaré, Fray Apena, Guillermo Feliú Cruz, Alberto Rojas Jiménez, Raimundo Echeverría Larrazábal, Raúl Silva Castro, Luis Enrique Délano, Miriam Elim, en tanto abundan los de una serie afrentosa de grafómanos, escritores y vecinos de buena voluntad. Hasta ahora no podemos comprender la razón por la cual se cita (muchas veces con trozos antológicos) a los señores Pedro Olegario Sánchez, Francisco A. Machuca, José Alfonso, Carlos A. Gutiérrez, Eduardo Poirier, Alberto Lara, Santiago Marín Vicuña, Alberto Mackenna, Luis Hurtado, Delie Rouge, Rosamel del Solar, Ana Neves, Pedro J. Malbrán, Carlos Cariola, Ernesto Silva Román, Ruperto Tapia Caballero y

Carlos Vega López. Es posible que todos éstos caballeros sean vecinos distinguidos, honorables y hasta cultísimos; pero nuestra literatura no tiene nada que ver con sus nombres.

Baste un nuevo ejemplo. El señor Lillo señala como prosa modelo un lamentable infundio que lleva la firma de don Carlos Vega López. No recordamos nada parecido a este trozo afeminado, hueco y cursi (p. 535-36), que se presenta a los jóvenes estudiantes de literatura. En otros pasajes, abundan las simplezas de todo estilo. Casi no hay juicio que no se deba rectificar. En cuanto a la calidad de los fragmentos elegidos, sería difícil encontrar un ojo menos certero que el del recopilador. Tocante a la bibliografía, el señor Lillo es muy pobre. Omite obras de importancia y da valer a otras insignificantes. Veamos algunos ejemplos. De Thomson olvida sus deliciosos libros *Nirvana* y *La sombra del humo en el espejo*. Falta, además, su más reciente publicación, que se hizo hace ya la modesta cantidad de cuatro años. En cambio está muy al día con respecto a muchas insignificancias. Dice que el señor Silva Román es discípulo de Wells. Si el señor Lillo hubiese leído sólo una página de Wells no afirmarí tal cosa.

Lillo se entusiasma con un joven Germán Terpelle y celebra el ambiente oriental que simula éste. Advertimos de paso que nunca ha viajado el tan celebrado evocador de exotismo. En cambio más adelante (Pág. 560) reprocha a Salvador Reyes, prosista elegante y ágil, su imitación de Kipling, Stevenson, Fa-

rrere, Salgari, London y otros imaginistas. Eso está muy bien. Somos de los que hallan tal defecto a Reyes; pero lo que en un escritor con méritos positivos, como éste, se repara, habría que hacerlo con un simple y gris aficionado como Terpelle, celebrado con énfasis épico.

A medida que avanza en el ambiente contemporáneo, mayor es su incomprensión y más equivocados sus juicios. Hace nacer en Talca a Domingo Melfi (pág. 582), quien vió la luz en Italia. A Mariano Latorre le atribuye como publicada una obra que nunca salió de un proyecto. Nos referimos a *Gajos de roble*. (Ver página 442.) Mientras no aparece un concepto en Lillo que exprese algo cercano a una opinión literaria sobre hombres de la importancia intelectual de Prado, Santiván, Maluenda, Thomson o Neruda, se detiene en dos páginas (328 y 329) sobre don Francisco Araya Bennet, cuyos trabajos publicados ninguna importancia tienen dentro de las letras chilenas.

De don Enrique Molina omite sus dos obras recientes: *Dos filósofos contemporáneos* y *Por los valores espirituales*. De Ernesto Guzmán suprime uno de sus más logrados volúmenes: *La fiesta del camino* (1923). De Amanda Labarca no cita su mejor obra: *La lámpara maravillosa* y no anota sus *Impresiones de juventud*. De Joaquín Díaz Garcés no nombra las *Páginas de Angel Pino*.

Repetimos que el aspecto bibliográfico en el libro de Lillo es deficiente y que no sólo hay omisiones apasionadas sino inclusiones grotescas, a la vez que errores de infor-

mación sensibles en un profesor de literatura, que dogmatiza contra los críticos jóvenes, a quienes acusa de ignorancia a cada paso.

Halla que los versos de Pedro Prado son defectuosos y prosaicos. Olvida que *Flores de cardo* representó un avance innovador en la sensibilidad chilena y que hasta el exigente Omer Emeth estimuló el rumbo que significaba en un país que aún creía en la eficacia literaria de los ateneos.

Es candoroso el afán con que el señor Lillo acumula epítetos y adjetivos sobre todos los grafómanos refugiados en algunas instituciones que hoy no representan nada en nuestra cultura sino una supervivencia de tiempos en que la misión del escritor era hueca y espectacular. La profesión, pese a algunos, se ha dignificado y existe un campo más noble que el reparto mutuo de alabanzas en recintos acotados donde nunca ha entrado un destello de sensibilidad.

La aparición del libro del señor Lillo es un síntoma sensible de que la crítica, por severa y exigente que sea, nunca lo es tanto como para poner coto a estas perpetraciones. La voluntad, el buen deseo, la abnegación y las circulares que ha escrito su autor no bastan para componer una historia y realizar una antología que no deshonre a la cultura patria.

El libro del señor Lillo revela una impotencia orgánica para entender los asuntos de la sensibilidad y una deficiencia cultural incorregible. No tiene síntesis crítica, ni ojo ni gusto para opinar y elegir los trozos. Por obra de amistad, de amplitud oceáni-

ca, de buena voluntad cósmica, ha recogido cuanto arrojan torrentosamente los tórculos editoriales de Chile.

Ahí aparece tal número de poetas, escritores en prosa, críticos, historiadores y novelistas como no los hubo ni en la Grecia del tiempo de Pericles, ni en la Roma ciceroniana, ni en la Inglaterra del período isabeliano, ni en la Florencia de Maquiavelo ni en el siglo áureo de Castilla. Cuanto vecino de buena voluntad esgrimió la pluma se mezcla torpemente con los favorecidos del don divino de la sensibilidad. Así vemos que al lado de unos cuarenta nombres distinguidos y de otros tantos apreciables dominan docenas de simples aficionados que por la amistad del señor Lillo se transforman en grandes estilistas, en eruditos soberbios, en artistas insuperados, en líricos inmensos. Gracias a su excesiva tolerancia y a su miopía crónica seguiremos sin una antología y en los colegios se continuará esperando el ansiado libro de consulta. Esa malicia de los críticos execrados por el señor Lillo ha servido, en tanto, para extender las dimensiones de la comprensión estética, del gusto depurado y de la aversión a los ateneos y cenáculos de hombres de voluntad tan buena como grande su ineficacia para officiar en el «templo del arte». Este último es un término que sacamos de no se qué antología con pretensiones de ecuménica (1).—Ricardo A. Latcham.

(1) En el torrente verbal del señor Lillo hay sitio para los más pintorescos disparates. De Augusto Winter dice (p. 115-16), que pasó la mayor parte de su vida en Nueva

HISTORIA

ESTADO ACTUAL DE LA PREHISTORIA ECUATORIANA, por Max Uhle.

Uhle no es para nosotros un desconocido. Participó como jefe del servicio arqueológico en diferentes exploraciones efectuadas en nuestro

Imperial, en las orillas del Lago Budi. La verdad es que el citado lago se encuentra a una distancia respetable de dicho pueblo.—De Augusto Millán Iriarte (pág. 566) expresa que fué Cónsul General de Chile en España. Este cargo lo ocupaba, cuando Millán fué Cónsul de Chile en Cádiz, el señor don Anselmo de la Cruz.—Es realmente increíble tanto descuido en los detalles de un libro para la enseñanza secundaria. Nos hace retroceder a los centones como el de Don Jorge Hunneus, que desmenuzó agudamente Eliodoro Astorquiza en la malograda revista *Juventud*.

El sistema de puntuación de Lillo es tan curioso que hace aparecer como obras distintas de Armando Donoso *Vida y viajes de un erudito* y *Don José Toribio Medina*, que sólo forman un título y un subtítulo. Ocurre idéntica cosa con *Recuerdos de medio siglo* y *Don José Victorino Lastarria* del mismo autor.—En la página 54 nos sorprende haciendo aparecer como obra de Julio Molina Núñez un estudio sobre el poeta Isaías Gamboa. Dice Lillo: *Vida y obras del poeta colombiano Isaías Gamboa*. Tan aparatosa indicación bibliográfica sólo corresponde a un modestísimo prólogo de una selección del poeta.

En la página 523 dice que Roberto Meza Fuentes escribió un *Jardín Profano*. Tan solo conocemos su libro *El jardín profanado*. ¡Hay diferencia!

La bibliografía de Daniel de la Ve-